

¡Quimera! direis. Convengo en ello; pero no obstante, quimera por quimera, ésta no es contraria á toda verosimilitud moral como la de M. Renan.

Porque efectivamente, es una verdad que no ha muerto el espíritu de Judas, aquel espíritu que entró en él cuando cometió su sacrilegio ¹, y que domina de continuo en los hijos de la incredulidad, como dice San Pablo.²

Y solo Judas ó el espíritu de Judas en el mundo, podría yo añadir, puede interesarse de tal suerte por Judas.

1 Intravit autem Satanás in Judam, *Luc.*, XXII, 3.

2 Spiritum qui operatur in filios diffidentie, *ad Ephes.*, II, 2.

CAPÍTULO XII.

MUERTE DE JESUCRISTO.

Fuerza es que nuestros lectores se resignen á un nuevo dolor, el de ver el suplicio de Nuestro Señor Jesucristo degradado y agravado por M. Renan.

Fiel, en efecto á su sistema de alterar el Evangelio, segun sus miras impías, va á seguir el divino relato paso á paso para eludir, suprimir ó eclipsar todo lo que en él tiene un carácter histórico de grandeza divina y de verdad.

Su método para ello es siempre muy sencillo.

Nunca es verdadera ó falsa ó dudosa en sí misma una circunstancia, un rasgo, cualesquiera que sean las condiciones históricas que lo justifiquen; pero *llega á serlo* relativamente á su importancia en el debate ó discusión.

De lo que se sigue, que con M. Renan siempre hay seguridad de saber cuáles son los rasgos que llevan en sí, que determinan, que tienen un gran valor testimonial y de verdad.

Tales son todos los que él pone en duda, disimula ó altera.

En esto, es su libro de una rara utilidad que no me cansaré de repetir; la de ofrecernos el criterio *á contrario*, de la verdad de nuestra fé.

Esto es lo que hemos visto hasta ahora, y lo que vamos á ver aun hasta el fin.

E

La reflexion que hemos hecho al principio del capítulo precedente, sobre el carácter del relato evangélico de la pasion de Nuestro Señor Jesucristo, adquiere mas fuerza al parecer, conforme se llega á su suplicio y á su muerte. Estos instantes solemnes se contraen en cierto modo bajo la pluma de los evangelistas, en rasgos mas ó menos sóbrios, precisos y contados. Ningun pormenor ocioso, ninguna reflexion que les sea propia, ningun ímpetu de emocion. Todo, hasta una coma, se halla dic-

tado en ellos por la verdad misma, y burilado por la autenticidad. Es un testamento autorizado por los notarios públicos de la historia. Son las últimas palabras (*Novissima Verba*) del amor eterno inmolándose á la justicia infinita por la salvación del mundo, recogidas por una piedad filial, cuyo respeto garantiza su fidelidad. Es todo lo pasado profético y todo el porvenir evangélico, testigo y fiador de la verdad de ese punto eterno en que se consuman. Es finalmente, la ley de gracia ó de reprobación experimentada para siempre por la vida ó la muerte del mundo.

Esto es lo que viene á atacar M. Renan. Al pié de esta cruz es á donde viene á enroscarse la serpiente de su crítica y á exhalar su veneno y á afilar sus dientes.

Comienza privando á la víctima del interese compasivo de aquel gentío piadoso y de aquellas santas mugeres que le seguían llorando por el camino de su suplicio. Y para eclipsar esta circunstancia que refiere San Lucas, tan honrosa para la naturaleza humana, y que hacen tan verosímil todos los beneficios con que sembró Jesus la Judea, le basta esta sencilla nota: "Esta circunstancia, Lucas XXIII, 27, 31, es de aquellas en que se advierte el trabajo de una imaginación piadosa y enternecida. Las palabras que en ella se prestan á Jesus, no han podido escribirse sino despues del sitio de Jerusalem. 1"

Estas palabras, recuérdese que son aquellas en que refiriendo ó aplicando (¡bondad admirable en tal momento!) á aquellas santas mugeres las lágrimas de que él era objeto, predijo los horrores del sitio de Jerusalem. Este testimonio de divinidad que resulta de esta profecía, es lo que ha motivado la supresión.

Pues bien, esta profecía se halla referida en otra parte por San Mateo y por San Marcos, y finalmente la confiesa y reconoce el mismo M. Renan, como hemos visto al fin de nuestro capítulo sobre las profecías.

M. Renan pues, para negarla, atribuye gratuitamente á la imaginación piadosa y enternecida de San Lucas un episodio, cuya verosimilitud no puede desconocerse sino por una imaginación prevenida y hostil.

La gran palabra: "PADRE, PERDÓNALES, PORQUE NO SABEN LO QUE HACEN," palabra tan conforme con el carácter del Salvador, tan aplicable á los enemigos de Jesucristo, y por esto mismo tan despreciada por ellos, debia serlo por M. Renan. Sin

1 *Vida de Jesus*, p. 418.

embargo, M. Renan reconoce que esta palabra debió sentirse por el corazón de Jesus; pero no admite que la pronunciaran sus labios.—¿Por qué?—Sin duda, porque estaba en su corazón.—"Segun una tradición, dice, pronunció Jesus esta palabra, que estuvo en su corazón, ya que no en sus labios: "Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen."—Despues, como si no fuera bastante lanzar esta sospecha sobre la Escritura que él llama tradición, dice en una nota:—"En general las últimas palabras que se atribuyen á Jesus, sobre todo tales como las refiere San Lucas, dan ocasion á dudas, y en ellas se advierte la intencion de edificar ó de mostrar el cumplimiento de las profecías. 1"

La intencion de edificar y de demostrar el cumplimiento de las profecías podría confesarse ó reconocerse seguramete, aunque no apareciera en los Evangelios, y sobre todo aquí donde no se trata de profecía. Pero ¿qué decir de la intencion de escandalizar y de desmentir las profecías y los relatos mas dignos de fé, única regla de vuestra crítica?

M. Renan no puede creer que estuviese al pié de la Cruz Maria, madre de Jesus. Admite á todo el mundo, excepto á ella, y solo la tolera á cierta distancia. ¡Hé aquí cómo rechaza la gran palabra por la cual su divino Hijo la legó por Madre á todos los cristianos!

Ya vengaremos este artículo del testamento divino en un capítulo final sobre la VIRGEN MARIA. Digamos solamente aquí, que no es ahora sobre San Lucas, sino sobre San Juan, sobre quien M. Renan hace recaer toda la malevolencia y toda la impotencia de su crítica. "Si hemos de creer á Juan, dice, Maria madre de Jesus, se halló tambien al pié de la cruz."

¿Y por qué no se ha de creer á Juan bajo todos conceptos, mas que á M. Renan, que solo le opone esta ofensa?

"Los sinópticos, dice, están acordes en colocar al grupo fiel lejos de la cruz, á Juan, dice, á un lado, dominado por el deseo que tiene de hallarse muy próximo á la cruz de Jesus. 2"

Fuerza es dolerse de M. Renan por comprender de esta suerte al discípulo de la caridad, atribuyendo un deseo tan vano á

1 *Vida de Jesus*, p. 421.

2 Salmo XXI, 19.

su alma apostólica, y por no ver hasta qué punto muestra el mismo aquí el triste *deseo de que se halla dominado*.

M. Renan omite el hecho "de haber echado suertes sobre las vestiduras de Jesús," no obstante recomendarse á su incredulidad por caracterizar el cumplimiento de su profecía. "Se repartieron mis vestiduras y echaron suertes sobre mi túnica."¹ —Pero es verdad que tenia que habérselas contra los cuatro Evangelistas.

La admirable escena del buen ladrón, en que el Salvador del mundo, en lo mas fuerte de la crueldad que le inmola y de la postracion á que se ve reducido, hace brillar la grandeza de su gracia y la riqueza de su gloria, perdonando toda una vida criminal, y disponiendo para ella de un sitio en su reino, no es del gusto de M. Renan, y al paso que admite, sin embargo, los ultrajes del mal ladrón, no admite el arrepentimiento del bueno. En general, tiene la desgracia de no creer en los buenos instintos de la conciencia humana. "Aquí ha modificado Lucas la tradicion, dice, siguiendo su gusto por la conversion de los pecadores."² ¡Como si fuera la conversion de los pecadores un hecho aislado y un gusto singular en una obra que ha tenido por único objeto la *conversion* del mundo, y particularmente en el momento de este sacrificio, que difundia sobre el mundo la gracia de esta *conversion*!

M. Renan que despoja el relato de la muerte de Jesús de todo su carácter, no solamente divino, sino moral, se fija en compensacion, en imaginar y presentar todo su aspecto material y fisico, dedicando á este objeto toda una página en que hace de él una descripcion anatómica. "Todo induce á creer, que al cabo de tres horas, le causó una muerte súbita la ruptura instantánea de un vaso del corazón."³

Bajo el solo punto de vista del gusto y del arte, este gran asunto de la *Crucifixion*, que ha inspirado tantas obras maestras y agotado tantos géneos con su *inacontecible* sublimidad, no ha tentado siquiera la fantasía de M. Renan, si no es para reducirlo á las proporciones y á las condiciones de una ejecucion vulgar.

¹ Salmo XXI, 19.

² *Vida de Jesús*, p. 424.

³ *Id.*, p. 425.

La sed del divino Crucificado y aquella divina palabra: *sitio*, palabra deliberada por el Dios moribundo, porque, "sabiendo que se habian cumplido todas las profecias, no faltaba mas que este rasgo á su consumacion¹, solo inspira á M. Renan esta nota: Marc. XV, 23; Mat. XXVII, 34 (á la que hubiera debido añadir, Juan XIX, 28), falsificando este pormenor para obtener una alusion mesiánica al Salmo LXIX, 22.²"

Por consiguiente, esta palabra suprema: *Consumatum est!* que cierra el Antiguo Testamento y abre el Nuevo, que debia repetir el eco histórico de un extremo á otro de los tiempos, y cuya influencia debia afectar los destinos eternos de los seres, —esta palabra central, á cuyo alrededor se desarrolla todo en el mundo, —no tiene valor alguno para M. Renan.

"Súbitamente, dice, lanzó un grito terrible (voce magna) que unos entendieron por: ¡Oh Padre, entrego mi espíritu en tus manos!" y otros mas preocupados con el cumplimiento de la profecía (no hay nada como un hombre preocupado de una idea fija para ver una preocupacion contraria en todos los que no participan de la suya) entendieron por estas palabras: ¡Todo se ha consumado! E inclinando su cabeza sobre su pecho, "expiró."³

El Evangelio y la misma historia profana refieren que á este último aliento del Crucificado se estremeció toda la naturaleza, como para manifestar su duelo por su Autor y para justificar aquel grito misterioso de que dice Plutarco. "¡El gran Todo ha muerto!" Añade el Evangelio que á este espectáculo, el centurion romano que presidia el sepulcro y el grupo que estaba con él, se golpearon el pecho y bajaron del Calvario gritando, sobrecogidos de temor: *¡verdaderamente era éste el Hijo de Dios!*⁴

M. Renan no dice una palabra de todo esto.

¡Cuán cruel es la impiedad para los suyos, no solamente prohibiéndoles admirar todo lo mas grande y mas santo que existe, sino condenándoles al trabajo forzado de la negacion, de la envidia, del menosprecio y del odio!

Pero en esto sirve las miras de la verdad, haciéndola resaltar con la prueba y embelleciéndola con la iniquidad.

¹ San Juan, XIX, 28.

² *Vida de Jesús*, p. 419.

³ *Id.*, p. 426.

⁴ S. Matth., XXVII, 54.—S. Marc., XV, 39.—S. Luc., XXIII, 47.

Así, M. Renan no advierte que deprimiendo como se ha cebado en hacerlo tan ingratamente la muerte de Jesús, ha suministrado una nueva demostración de su divinidad.

Voy á intentar mostrarlo.

II.

Dos modos hay de probar la verdad; el uno es haciendo ver la belleza y la forma de sus caracteres; el otro es mostrar que quitando estos caracteres, es un error lo que resta.

Así, la divinidad de Jesucristo resalta de todos aquellos rasgos de su vida y de su muerte, que obligaron á decir tan justamente á Juan Jacobo: "Si la vida y la muerte de Sócrates son de un sábio, la vida y la muerte de Jesús son de un Dios" Pero, suprimanse estos rasgos, retíreseles y tendreis otra prueba de esta divinidad, por la imposibilidad en que os pondreis de explicar sin ella todo lo que ha seguido.

Esto es lo que acaba de hacer M. Renan, como para producir este resultado.

Ha quitado uno á uno todos los rayos de la divinidad de Jesucristo en su muerte, convirtiéndole en un muerto vulgar y ordinario.

Lo ha hecho, no solamente en la parte exterior, sino en lo que ha supuesto pertenecer á lo interior, en las intenciones y en las miras de Jesucristo. Y ha disimulado ó eclipsado en Jesús ese plan único, tan admirablemente sostenido, que aparece de un extremo á otro de su vida, y que hace de él una víctima tan bella en todo; la redención de la humanidad; la voluntad de sellar la nueva alianza con su sangre. Y en su lugar nos ha representado á un frenético que quiere *hacerse matar* para concluir; que en la fuerte angustia que le causaba, según la fé, la imputación de los pecados del mundo, solo le agitaba el pensamiento de no volver á ver á su hermosa Galilea, y el recuerdo de las jóvenes doncellas que hubieran podido amarle; y que en fin, hasta en la solemnidad de su sacrificio *se arrepintió de padecer por la raza vil* que le inmolaba.¹

En una palabra, ha humanizado perfectamente á Jesucristo.

Pero en esto ha probado perfectamente, por las absurdas

¹ *Vida de Jesús*, p. 424.

consecuencias que van á resultar, que no puede ser Jesucristo un puro hombre.

Y en efecto:

¿Cómo pudo cambiar la faz del mundo este muerto, semejante en todo á los demas muertos, según M. Renan, y cómo tuvo mas acción que ninguna otra vida? Comumente la vida es la que funda y la muerte la que derriba; mas en Jesucristo es á la inversa, pues su misma vida fué infecunda y sólo en su muerte y por su muerte, redimió al mundo. De lo alto de su cruz fué de donde lo atrajo todo á sí y lo sacó de sí todo: y en aquel cadalso y en este estado es donde continúa al cabo de dos mil años, santificando y vivificando al mundo.

Considerad cómo se presenta esta muerte por Jesucristo mismo y por el Evangelio, y entonces se os aparece proporcionada al acontecimiento que ha efectuado, tanto mas, cuanto que fué predicho por Jesucristo este acontecimiento, mostrando así que era autor de él desde el principio. Es verdad que os es preciso creer en una intervención sobrenatural; pero esta creencia no hace mas que elevar la razón á un orden superior, sin oponerse á ninguno de sus principios, satisfaciendo tambien, además de esta lógica, que es su ley, sus mas nobles y mas santas aspiraciones.

Por el contrario, despojad á este muerto de su carácter sobrenatural y divino; que no sea Jesucristo sino lo que nos presenta M. Renan, y entonces, cuanto mas lo reduzcáis á esta proporción, mas se acrecerá su desproporción con el acontecimiento, y mas imposible será que se relacione con éste. Entonces nos hallamos con lo absurdo: con un efecto sin causa; peor aún, con un efecto incalculable que tiene por causa un nada, una monstruosidad que hace perder la razón; por consiguiente, una de las pruebas mas fuertes, á contrario, de la verdad de nuestra fé.

Como para servirla mas aún, hace notar M. Renan que en aquel tiempo abundaban en la Judea falsos mesías, pero que todas sus diversas tentativas tenían el mismo resultado: "al año siguiente se olvidaba su muerte."¹

Y hasta la muerte de Jesucristo recibe aun, después de dos mil años, la lanzada del impio, sin que le haga la menor herida, ¡y antes constituye la única celebridad de este ataque insensato! Única muerte que burlándose de la muerte misma vencida

¹ *Vida de Jesús*, p. 62.

por ella, ha podido decirle: "¡Oh muerte, dónde está tu victoria! ¡Oh muerte, dónde está tu aguijón! ¡Oh muerte, tú te has perdido en tu triunfo!² ¡Oh muerte, oh muerte, yo soy tu muerte!³

1 Corinth., XV, 53.

2 Id., id., 54.

3 Oseas, XIII, 14.

CAPITULO XIII.

LA RESURRECCION.

Inspirándose sin duda Chateaubriand, en sus *Mártires*, con las grandes palabras de la Escritura que acabo de citar, representa á las puertas del infierno á la muerte, teniendo en una mano su guadaña, y ocultando con la otra la única herida que recibió jamás y que le hizo en el pecho Jesucristo vencedor en la cumbre del Gólgota.¹

Esta misma herida la ha recibido la incredulidad, intentando también ocultarla como la muerte.

Pero los mismos esfuerzos y precauciones de que se vale para ocultarla, la indican y señalan.

Esto es lo que aparece en M. Renan,

I.

Después de este capítulo de la *Muerte de Jesus*, en que consigna y santifica como un médico legal, en una diligencia y dictámen de autopsia, todos los caracteres físicos de esta muerte, causada por la *ruptura instantánea de un vaso del corazón*, y que concluye con el *espiró*; después de este apóstrofe: *Reposa ahora en tu gloria, etc., etc.*, que sella también el sepulcro de Jesus con una peroración fúnebre, M. Renan, preocupado inmediatamente, como los judíos, con la eventualidad de una resurrección, toma en su consecuencia sus precauciones.

La primera ¿quién lo creería? consiste en poner en duda esta misma muerte de Jesus que acaba de consignar y justificar, y aun de embalsamar.

¿Y no es por cierto tristemente significativo el modo como serpentea su crítica entre el sí y el no, hasta que los confunde en sus repliegues?

1 Los *Mártires*, cant. VIII.